

ACUÑA DE FIGUEROA

---



Aun cuando la producción poética de Aeuña de Figueroa carezca de valores suficientes para ocupar un lugar de importancia en la historia de las letras uruguayas, su figura presenta tal carácter típico, y representativo de una época, que no podría prescindirse de él en un estudio histórico de nuestra evolución literaria.

Aeuña de Figueroa es la encarnación del espíritu colonial, en el período inicial de nuestras letras. Por su persona, por su cultura, por sus ideas, por su carácter, por su modalidad poética, es una prolongación de aquel Montevideo del tiempo del virrey Elío, en medio a las transformaciones sociales y políticas que se sucedieron en el país, desde la Revolución de Mayo hasta el Sitio Grande. Es el único hombre de su época que no sintió el anhelo de la Independencia, ni sirvió a la causa nacional, permaneciendo fiel a España; es, asimismo, el único que no experimentó el influjo renovador de las ideas enciclopédicas y del romanticismo, encerrado en el clasicismo y en la escolástica donde se formara, como bajo una vieja cáscara de tortuga.

Pertenciente a la burguesía más acaudalada y cortesana del Montevideo colonial, don Francisco Aeuña de Figueroa recibió prolija instrucción en el Colegio de San Francisco de esta ciudad, que dirigían los frailes franciscanos, completándola luego en el Real Colegio de San Carlos, que dogmatizaba, bajo la tutela de los dominicos, en la capital del Virreinato. A poco más de veinte años poseía los fundamentos de la cultura escolástica dados en tales Institutos: teología, latín, retórica, que él completó después en particular con otros estudios, sin apartarse, empero, de la norma clásica y eclesiástica que se le diera. Cuando lo sorprendió la Re-

volución de Mayo y el levantamiento artiguista, sus conceptos políticos eran cerradamente conservadores. Formó en el partido español adicto al Virrey, a la Monarquía y al sistema colonial, frente a la sublevación de los criollos. Le horrorizaba la ideología de los patricios letrados de Buenos Aires, proveniente de Rousseau y de la Enciclopedia; y no experimentaba el sentimiento oscuro y poderoso de la nacionalidad, que levantaba a las masas populares tras el caudillo. Criollo de nacimiento, era español de conciencia. Repudió la revolución americana como el más fiel de los *empeñados* realistas: vió en Artigas a un facineroso anárquico, y creyó que a los gauchos sólo debía dárselos "pan y palo". Nunca comprendió el ideal americano.

Tal actitud, ¿se explica enteramente por la educación eclesiástica recibida y por el medio urbano español en que vivía? No, pues todos los criollos letrados de la Revolución habían recibido una educación muy semejante, ya que no se daba distinta en toda la Colonia. Moreno, Monteagudo, Obes, Herrera, se habían formado en el seno de la misma sociedad colonial y en los mismos Institutos escolásticos de Buenos Aires, de Córdoba, de Chuquisaca, a base de teología, latín y retórica. ¿Y los propios frailes patriotas? ¿Y los franciscanos expulsados del Recinto por ser del partido americano? ¿Y Larrañaga y Monterroso, secretarios de Artigas?

Una profunda revolución se produjo en aquel tiempo en las conciencias de todos los americanos. Los unos por influencia de las ideas francesas, los otros por un sentimiento imperativo de nacionalidad, se levantaron contra el viejo régimen, los viejos conceptos y hasta los viejos hábitos. Todo cambiaba, pues se rompía el antiguo molde, del cual iban a surgir formas nuevas. Sólo Acaña de Figueroa no cambió, no sintió influencia renovadora alguna, ni ningún impulso patriótico: pareció no comprender nada de aquello que sucedía; no era un americano: era un español.



Tal vez se explica la actitud de Figueroa por una característica personal, demostrada luego en todas las demás actitudes de su

vida: era un hombre sin ideales y un temperamento cortesano. Tal vez era enemigo del movimiento emancipador porque venía a perturbar la normalidad del régimen colonial, en cuyo seno, él, que pertenecía a la clase más distinguida, se encontraba muy a su gusto, repartiendo el tiempo entre el sarao del gobernador y la tertulia de la botica.

Cuando la plaza fué entregada a los americanos, Acuña de Figueroa huyó a Río de Janeiro, en lo que anduvo muy prudente, pues Artigas lo hubiera mandado "*enchipar*", por godo. En el Brasil vivió mientras Montevideo estuvo en poder de la autoridad nacional, volviendo a ella cuando cayó en manos de los portugueses. Bajo el dominio portugués vivió tan a gusto como viviera bajo el régimen español, recitando sus letrillas picarescas en las tertulias.

No tomó parte alguna en la empresa patriótica del año 25, como no la tomara en la del año 11. Siendo uno de los ciudadanos más ilustrados y de mejor abolengo, no figura ni en la Asamblea de la Florida ni en la Constituyente de 1830. ¿Acaso dedicó alabanzas a los dominadores? Porque es preciso saber que este poeta cortesano dedicó alabanzas a todos los Poderosos, desde los últimos virreyes coloniales hasta los primeros presidentes de la República, cualesquiera fuesen sus méritos y virtudes. Celebró en verso enfático, con gran acopio de mitología, según era el uso de su escuela, a Elío, a Lecor, a Rivera, a Oribe, a Suárez, a Flores, a Giró, a Berro. No es que fuera un adulón étnico; era sólo un burgués sin principios políticos, que amaba la tranquilidad montevideana y acataba a la autoridad establecida. Tenía en esto un criterio de comerciante, aunque él no lo fuera. Endilgaba una oda a Rivera o a Oribe, del mismo modo que dedicaba un acróstico al cumpleaños de una dama o una letrilla al chisme social del momento. Sus acrósticos y sus odas eran infaltables en saraos y banquetes, así fueran gubernativos como familiares. ¿Que había baile en casa del señor General o se celebraba el onomástico de misia Mariquita?: allá iba don Francisco con su levita y su acróstico. Su presencia era imprescindible en fiestas y velorios. Incansable narrador de anécdotas e improvisador de coplas, amenizaba

toda tertulia y era la cabecera de todos los convites. Viejo verde, hacía ruborizar a las señoras con sus ironías picantes y desternillar de risa a los caballeros.

En cuanto ciudadano. — una vez constituida la República. — jamás participó de las arduas luchas cívicas que se desarrollaban a su alrededor, ni prestó su concurso de *varón consular* a la gesta nacional de su época. Se mantuvo hasta su muerte ajeno a la realidad heroica del país y al margen de las grandes cuestiones públicas que agitaban a sus contemporáneos. Siempre pacífico y burlón, con su caja de rapé y su paraguas, paseaba por las calles del Montevideo antiguo, entre saludos y epigramas, como un vestigio viviente del tiempo del virrey Elío.

Ya consumada la independencia del país y establecida la República, se adaptó a la nueva situación, que él en nada había contribuido a crear, celebrando en abundantes coplas, frías e hinchadas, los fastos patrióticos y las glorias de los Presidentes. En realidad, nunca sintió al país, y eso se evidencia en sus actitudes tanto como en sus versos. Su patria era Montevideo, y acababa en la ciudadela. Era un montevidiano típico, del tiempo viejo, que amaba a su ciudad como el ratón a la cueva, y no hubiera podido vivir fuera de ella. Montevideo siguió siendo siempre para él la plaza amurallada, único lugar de cultura y buen vivir, fuera de la cual no había más que anarquía y barbarie. No comprendió al gaucho, ni al candelillo, ni a los hechos de gesta, ni a la masa confusa de los orígenes sociales, ni a las bellezas del terruño, ni a ninguno de los elementos genuinamente nacionales que eran los que, en suma, constituían el país. Su país eran las calles estrechas y los salones gentiles del Montevideo antiguo, donde se conservaba aún algo de la sociabilidad de la Colonia. Su persona era tan inseparable de Montevideo que Juan María Gutiérrez, decía que las dos cosas más típicas y salientes de la ciudad eran: el Cerro y Acuña de Figueroa.

Por su erudición en letras clásicas—tal vez superior a la de todos los escritores de su tiempo—así como por su fácil ingenio, se

le estimaba grandemente en los círculos de la nueva generación romántica de la Defensa, cuyo espíritu le era, no obstante, tan ajeno. Esta estima intelectual hizo olvidar, sin duda, a los patrióticos, los antecedentes antipatrióticos de don Francisco, y le libró de la severa reprobación que hubiera podido esperarle. El Gobierno de la Defensa le confió el cargo de Tesorero de la Nación, cuya tranquilidad era muy a propósito para el carácter de notario de aquel hombre, que nunca actuó en las gestas guerreras ni cívicas de su país.

En cuanto a su poética, corresponde al carácter del personaje y corrobora enauto de él hemos dicho. Es una poética colonial. Cultivó hasta su chochez el clasicismo convencional — hinchado y linceo cuando quería ser épico — que le enseñaron en su mocedad los profesores de retórica, en los colegios de San Francisco y de San Carlos. Cuando el romanticismo revolucionó el mundo, renovando las fuentes y las formas de la poesía, todos los hombres nuevos de estas tierras le abrazaron con anhelante fe, porque venía a darles la palabra nueva que les emancipara de las antiguas normas del coloniaje, a las que, hasta entonces, se habían hallado sujetos. El romanticismo era la emancipación de las letras, respecto al pasado colonial, como el alzamiento guerrero lo había sido, en el plano político.

Acuña de Figueroa había alcanzado ya el medio siglo cuando esa revolución llegó al Plata, y no sintió su influencia. No se cambia de escena a los cincuenta años. Por lo demás, nada tan opuesto al carácter del ya viejo epigramático como la libre y apasionada manera romántica. Con sus antiguas reglas y sus gustos antiguos, don Francisco siguió componiendo todas sus odas y sus letrillas, siendo, en medio del combativo grupo romántico anidado en Montevideo, una vetusta reliquia del coloniaje.

\*  
\* \* \*

Es irónica paradoja que el autor del Himno Nacional sea Acuña de Figueroa, poeta festivo y de sarao, cuya alma de notario

nunca inspiraron las empresas patrióticas, y cuya muga cortesana nunca supo de las sonoridades del bronce épico!

Ello se explica, sin embargo, por la pobreza literaria del país en la época agitada y heroica en que esa composición fué escrita.

El grupo de jóvenes románticos que, en el seno del Montevideo sitiado, cultivaban la poesía, siendo muy reducido, era, además, muy deficiente. Los escritores que, en la prosa de sus artículos, de sus discursos y de sus alegatos, aparecían vigorosos y graves, eran, en sus devaneos poéticos, flojos e informes, como lo atestiguan las composiciones que se conservan. En medio de ellos, Acuña de Figueroa, con su vieja retórica colonial y su elemental cultura clásica, logró escribir una composición de formas correctas y apariencias cruditadas que, a los ingenuos patricios de 1845 debió parecer excelente. No es, sin duda, excelente, ni siquiera aceptable en nuestros días, esa composición declarada Himno Nacional por una ley de la Asamblea; pero, era tal vez, lo más correcto que se podía escribir en aquel tiempo. Así se explica su adopción entonces, ya que no podría justificarse por tan precarias razones de antaño, su mantenimiento perpetuo como Himno de la República.

El himno de Acuña de Figueroa es tal como pudo hacerlo su autor, que carecía de toda inspiración y de toda fe: una composición fría, hueca, hinchada, plagada de mitología y de culteranismos, como hecha de enargos por un profesor de retórica y poética, en un viejo colegio eclesiástico.

Carece de las dos virtudes esenciales de todo himno: sencillez y grandeza. Se compone de una larga y pesada retahíla de estrofas culteranas, por las que desfilan los nombres de la Mitología, los personajes de Grecia y Roma, el Arca de los Israelitas, el esqueleto del Inca Atahualpa, la Amazona soberbia del Sud, Don Sacrosanto, y los demás cachivaches de teatralería poética manoseados por todos los versificadores pedantes y ramplones con que la decadencia lastimosa del clasicismo había llenado la literatura española. Acuña de Figueroa — versificador que aún vivía dentro del fenecido clasicismo de la decadencia — compuso un Himno

al modo que lo habían hecho, en España, los muchos detestables versificadores sin estro y con empaque: arreglando en correctas octavas, gastadas metáforas mitológicas y enfáticos rípios cultoranos.

A los defectos de escuela habría que agregar los propios del autor, tales como su mal gusto, a veces grotesco, en las imágenes y dicciones, muy lógico en un señor carente de toda sensibilidad artística como lo era don Francisco.

Faltó a la República, en los días heroicos de su génesis, el poeta de alma grande y sencilla, de palabra inspirada e imperiosa, que dijera en estrofas de severa elocuencia popular la idealidad nacional de aquella hora de gesta, frente a la Libertad y al Futuro.



La producción poética de Acuña de Figueroa carece, hemos dicho, de valores suficientes para sobrevivir por sí misma en la posteridad de las letras nacionales. Su primera obra, "Diario Histórico del Sitio", referente al cerco puesto a la capital por los patriotas en 1812, — figurando el escritor en el bando realista, — es una crónica en verso de ese hecho, enteramente chata, prolija y sin interés, desprovista de todo carácter épico y de toda belleza literaria. Es el diario de un boticario escrito en verso. Su único valor es el informativo, pues contiene datos minuciosos, respecto a costumbres y tipos, que pueden servir al estudio de la época.

El "Diario Histórico", escrito en la mocedad y corregido años después, es su producción de más importancia, aún siendo ésta tan poca. Todas las otras composiciones de carácter épico o elegíaco que produjo, tales como el "Canto a Mayo" (veinticinco años después de haber sido contrario a la Revolución de Mayo), la "*Muerte de Bernabé Rivera*", "El Ajusticiado" y otros — son de una vaciedad y de una ramplonería insufribles. También sin importancia son sus varias composiciones didácticas, tales como "Los Signos del Zodíaco", "Alfabeto de los Niños", "Reglas para el juego del Mus", y otras que no vale la pena citar.

Su producción de más aliento es el poema "La Malambrunada", especie de fantasía o humorada, de mejor cepa clásica que sus demás composiciones, dividida en tres cantos o tiempos, cuyo asunto es la lucha de las viejas presumidas y lujuriosas, inspiradas por las brujas — y dirigidas por Malambruna, contra el bando de las jóvenes hermosas, quienes, guiadas por Venus, vencen a aquéllas en grotesca batalla, convirtiéndolas en ranas, para ejemplar castigo de su osadía y liviandad. Según datos de Bauzá, contiene este poema muchos rasgos y alusiones satíricas relativos a personas conocidas en la sociedad montevidéana de su época. El verso es suelto, aunque, defecto inevitable, muy recargado de perífrasis y tropos harto usados.

Donde su ingenio se mostró más holgado fué en el género festivo, por avenirse con su carácter amable y burlón. Escribió epigramas y letrillas a millares. — su colección forma gruesos tomos, — con gran facilidad de versificación. En muchos de ellos se encuentra agudeza picaresca — satirizando personas y costumbres de su tiempo; — pero, en su inmensa mayoría, son simples chistes a base de retruécano y malicia, sin ningún interés moral ni gracia poética. En todos los casos, su epigrama está muy lejos de tener el valor de los clásicos: es demasiado superficial y amable. No obstante, algunas veces, muy pocas, ofrece reminiscencias del rancio sabor picaresco de Quevedo. Tal vez se podría formar — seleccionando entre el fárrago de sus incontables estrofas sueltas de esta índole, — un tomo epigramático relativamente apreciable.

Finalmente, la serie de composiciones que llamó "Toraidas", son croniquillas festivas de las corridas de toros, espectáculo del que era un apologista entusiasta, siendo su persona popularísima y autorizada en el *redondel*. La versificación es suelta, y la croniquilla algunas veces amena; pero, literariamente carecen de toda importancia.

Así, pues, descartada, en un plano de severidad crítica, su obra poética, queda, como dijéramos al comienzo, su figura colonial, característica en la historia de nuestras letras.